

Sobre la agresión: el pretendido mal

Konrad Lorenz

Siglo XXI, México, 1971 (1ª), 1998 (20ª)

por Mariano Gutiérrez



La producción de los etólogos y psicólogos sociales posterior a la segunda guerra mundial está visiblemente influenciada –impresionada, valdría decir– por la experiencia bélica, y gran parte de ella se ha dedicado a tratar de explicar el horror: tratar de entender cómo puede el hombre llegar a una conducta autopredatoria generalizada tan trágica y terrible. Se ha abordado el tema desde la sociología, la psicología, la antropología y la etología animal.

Este último campo es la especialidad de Lorenz, que, a través de él, intenta llevarnos paulatinamente por un camino de reflexión compartida, detalladamente y con numerosos ejemplos en los que hace gala de su vasta erudición sobre las conductas animales, y desde una óptica *políticamente correcta*, a la conclusión de que la agresión contra los iguales no es una anomalía; por el contrario, es un

comportamiento generalizado que responde a instintos animales y humanos identificables y específicos que tienen –o tuvieron originalmente– una función de conservación del individuo o la especie. La agresión intraespecífica, es su conclusión, lejos de ser una patología es un comportamiento normal, que tal vez se degenera y pierde su sentido en un ambiente cultural inadecuado como el actual.

En su introducción Lorenz confiesa que éste es un intento dirigido a los Freudianos para negar el supuesto instinto tanático y para arrojar simplicidad al análisis de la conducta humana. Vale decir, más allá de eso, que se ha convertido en uno de los principales referentes en el debate antropológico sobre la violencia entre los “instintivistas” y los “culturalistas”.

La exposición está ordenada como correspondería a un biólogo: comienza analizando

las especies más sencillas, y las pulsiones más sencillas (los peces y el instinto territorial, por ejemplo), avanzando hacia ejemplos y explicaciones más complejas. En los dos primeros capítulos nos habla y describe sobre el comportamiento territorial de los peces, principalmente los de coral, y la furia que se desencadena en defensa y expansión de su territorio en su ambiente natural y en los experimentos de laboratorio. En los dos siguientes capítulos individualiza y describe algunos detalles del “instinto” que se dedicará a analizar, nos hablará, en general, de qué función conservadora suele tener la agresión extraespecífica e intraespecífica en circunstancias normales, y en circunstancias anormales, y cómo esto evoluciona en el proceso de filogénesis, adelantando alguna de sus conclusiones. En el quinto nos explica cómo los instintos opuestos a la agresión operan cuando se encuentra una circunstancia inhibidora del ataque, reorientando el comportamiento hostil en conductas rituales y simbólicas. Muy interesante resulta el tema de cómo esta conducta ritualizada se hace autónoma con respecto a los impulsos que le dieron razón de ser, a tal punto de crear una “costumbre” animal que permanece más allá de que responda o no eficazmente a los impulsos que originalmente la dieron a luz, que tiene valor principalmente de comunicación, y termina conformando en sí misma un nuevo “instinto”. Tal, por ejemplo, las conductas de los ánares y sus familiares. Aquí se atreve a trazar una analogía con algunos ejemplos de la ritualización de impulsos y de la costumbre en la cultura humana: el ceremonial y la magia, como ritos sagrados que encuentran así explicación de su función y origen. En el sexto capítulo nos explica cómo funciona el “parlamento de los instintos” en la producción de cada conducta, inhibiéndose, reforzándose, complementándose y modificándose, en permanente

tención y regulación, dando solidez a la estructura del comportamiento. Y el séptimo, como corolario de los dos anteriores, traza la analogía entre las conductas animales de redirección e inhibición de la agresión y las reglas “morales” de los hombres –que no serían sino la misma cosa.

A partir de allí comienza a analizar, en los siguientes capítulos, distintos tipos de sociedades animales, y sus representaciones humanas. En primer lugar, la multitud anónima (capítulo ocho), en la que analiza el comportamiento de la masa: de los animales que no distinguen personalmente entre sus integrantes, sólo tienen sentido como integrantes de un cuerpo colectivo, permanecen siempre en grandes grupos y reaccionan colectivamente, siguiendo los impulsos de la misma multitud –para lo cual contrasta algunos peces y aves– y nos explica cuál es su función conservadora. Sus descripciones irremediablemente nos llevarán a trazar el paralelo con las “masas” humanas en sociedad. Y contrastará este tipo de comunidad animal con aquella en la que se crean lazos personales “de amistad” entre sus miembros. Curiosamente, la agresión intraespecífica, nos mostrará, es propia de esta última y escasa en la primera. El amor, la amistad, reorienta la agresión hacia los “extraños” de la misma especie que no forman parte del grupo de reconocimiento. Luego, en el capítulo nueve, hablará de la “sociedad sin amor” propia de los animales cuya unión se limita a conseguir objetivos comunes, y no dura más allá de esta conveniencia, propia, por ejemplo de colonias de aves de algunas garzas. Analizará por último, en el capítulo diez, a la extraña sociedad de las ratas y su inexplicable guerra de exterminio total entre clanes de la misma especie, en la que se despliega un fanatismo y una “crueldad” en el ataque que no solemos considerar propia de los animales. Extraña, por lo familiar que nos re-

sulta, y por lo alarmante del paralelismo que constantemente nos invita a practicar con los hombres. Lorentz se ciega ante la inevitabilidad de las guerras entre clanes, y encuentra aquí el único punto oscuro: he aquí “lo malo”, porque este impulso de exterminio es el impulso inexplicable. No es casual que justamente al hablar de la guerra (el comportamiento de los clanes de ratas es propiamente el de una verdadera guerra) reviva (¿con cierta autocrítica?) su pasado y deba declinar ante el horror de intentar encontrarle una explicación que sea funcional a la supervivencia de la especie o del individuo (explicación que no debiera resultar tan complicada luego del despliegue de erudición que demostró en las páginas anteriores), poniendo en claro así, ante todo, su orientación políticamente correcta. Por último, en el capítulo once profundiza sobre el vínculo de amistad o amor personal, de pertenencia mutua, que en algunos animales se crea entre dos o más individuos de la misma especie. Nos muestra cómo se crea en un primer lugar mediante comportamientos rituales (como el cortejo, que es una ritualización de la agresión y su inhibición), y nos pone ejemplos de uniones duraderas y de gran afecto en que se dan en muchos grupos animales como los gansos. Estos vínculos de afecto, según nos muestra, son los medios más sólidos para canalizar e inhibir la agresión.

Dedicará los dos siguientes capítulos a relacionar todo lo expuesto con la sociedad humana, cosa que, en rigor de verdad, ni el lector, ni él mismo, habrán dejado de hacer durante toda la lectura. En primer lugar “predica la humildad” previniendo cualquier crítica de orden moral o no científica, argumentando que es el orgullo del hombre el que en todo caso le impide ver con claridad que es un animal, y reivindicando el paralelismo entre los comportamientos de éstos y el propio. Defiende una postura explicativa causal de la

conducta humana, pero también sostiene el libre albedrío, y se presenta como valorativamente neutral y humanista. Concluye al final con una advertencia a un futuro incierto, por un peligroso desfase en el hombre entre sus instintos y sus medios. Los instintos, diseñados para el animal, y nuestro pensamiento conceptual (nuestra capacidad para abstraer) no han evolucionado con la rapidez que lo han hecho los medios a través de los cuales se manifiestan, principalmente la tecnología. De ello, que el hombre no sienta que una conducta pequeña pueda afectar a muchas vidas. No se comprende, en definitiva, hasta qué punto nuestros impulsos agresivos así desfasados pueden atentar contra la comunidad o la humanidad toda. Luego disertará sobre el entusiasmo, esa sensación que nos llama a la lucha cuando nuestro grupo o nuestro objeto elegido está en amenaza, como resultado de los mismos instintos analizados (de formación de lazos personales y grupos de pertenencia, y de las conductas de la masa) a fin de defender esta pasión, pero al mismo tiempo advertirnos de ella. Por último, al finalizar, hace una “confesión de esperanza” sobre el futuro de los hombres y aconseja cómo hacer para evitar los peligrosos desbordes del entusiasmo masivo que ha degenerado en catástrofes. Nos hablará de conocerse a sí mismo (en sentido etológico, es decir, de conocer la naturaleza animal e instintiva del hombre), de la sublimación de la ritualización de las conductas agresivas, de ampliar los círculos afectivos y de identificación entre diferentes, y de canalizar el entusiasmo de un modo positivo y beneficioso: del arte y de la ciencia. Niega rotundamente la utilidad y la posibilidad de neutralizar el contexto cultural del hombre (como sería aislándolo) o de aplicar un veto moral correctivo; por el contrario, dice que todo ello es contraproducente. Y adelantándose a cualquier medi-

da que pueda proponerse de la biogenética, niega aún más la viabilidad de aplicar técnicas eugenéticas de la ciencia imaginando, con respecto a esta técnica, resultados desastrosos. Y termina por atacar a los demagogos que crean “enemigos” y pregonan la supuesta existencia de un “mal” para generar el “entusiasmo” entre los hombres y valerse políticamente de ello.

Lejos del determinismo en el que se supone que puede caer el análisis de la violencia desde la óptica biológica, Lorentz – con buenas intenciones pero con el análisis un tanto limitado y optimista propio de un científico de la modernidad– nos lleva a concluir, entonces, que nada está perdido y a negar cualquier juicio moral que se pretenda científico sobre la conducta agresiva. Al final, sin siquiera mencionarlo o dar

cuenta de él, se nos termina presentando como un anti-Lombroso que encara el tema de la agresión desde el biologicismo, pero esta vez para demostrar que lejos de ser una patología, tiene una razón, una explicación, una función, y que es propio de todos los humanos (como inevitablemente animales que somos y siempre seremos), negando así cualquier visión moral sobre el asunto, e incluso, tangencialmente, cualquier pretensión determinista o intento de preverlo. Ello, sin embargo, no sin riesgos de caer él mismo en una explicación causal –y tal vez un poco simplista–, y no sin una –al menos cuestionable– fe en la ciencia como solución para la humanidad. Con todo, su obra resulta fundamental para iniciarse en la discusión sobre los orígenes de la violencia y la agresión ✎